

## CAPITULO XXXIV.

AMOR DE JESUCRISTO HACIA LA CRUZ.

No sin razon declara el Salvador en varios pasajes del Evangelio, que quien no lleva su cruz no puede ser su discípulo. La cruz, por la que debemos entender no solo aquella en que él murió, sino todas las penas interiores y exteriores de la vida, la cruz, repito, formó siempre las delicias de su corazon. Ella le fué presentada á su entrada en el mundo, y él la aceptó no meramente con resignacion, sino con un amor generoso, con alegría; la abrazó y la tomó por su compañera inseparable. Preveia todas sus circunstancias, las veia sucederse una á otra; sabia qué contradicciones, qué enemigos debian acarrearle su doctrina, sus ejemplos, sus acciones y á dónde debian llegar su odio y su malicia. Lo predijo muchas veces á sus discípulos y no se desmintió jamas; adelantóse siempre con paso firme hácia la cruz que tenia á la vista, y que esperaba por término de su carrera. Si en alguna ocasion huia ó se ocultaba, no era ciertamente por temor, ni para sustraerse al furor de sus enemigos, sino porque *su hora no habia llegado* y no debia anticiparla. Desde que esta hubo llegado, él mismo se adelantó á los que le buscaban y se entregó en sus manos.

Ved con qué energía reprende á san Pedro, que por un mal entendido amor á su Maestro no podia sufrir que les anunciase su muerte violenta é ignominiosa; echándole de sí, como hubiera echado al mismo demonio y reprochándole que nada entendia y gustaba de las cosas de Dios. Ved cuán ardiente deseo manifiesta de consumir su sacrificio. *Con un bautismo tengo de ser yo bautizado*, exclamaba; entonces hablaba de la efusion de su sangre en la cual habia de ser inundado: *¡Oh y cómo traigo en prensa el corazon, mientras que no lo veo cumplido!* (Lúc.,

XII, 50.) En su última cena, víspera de su pasion, descubre á sus apóstoles con qué ardientes ansias habia deseado comer con ellos aquella pascua antes de padecer. (Lúc., XXII, 15.) Cuando Júdas hubo tomado su última determinacion, el Salvador sabiendo que no habia ya mas esperanza de conversion para aquel desdichado, le empujó en cierto modo para que apresurase su traicion, diciéndole: *Lo que piensas hacer hazlo cuanto antes.*

Mas ¿qué es lo que amaba en su cruz? ¿eran los padecimientos y las humillaciones en sí mismas? No: nada tienen de amable ni de apetecible consideradas en sí. *Nadie*, dice san Pablo, *ha aborrecido nunca su carne*; y Jesucristo tenia menos razon que otro hombre alguno para querer su destruccion. Nadie ha amado los oprobios por los oprobios mismos: y por todos títulos las honras y la gloria eran debidas á Jesucristo. El amaba en su cruz el beneplácito de su Padre, la satisfaccion que le daba por el género humano, la prueba que le mostraba de su obediencia. Amaba la victoria que por su muerte iba á conseguir sobre el diablo, y la afrenta con que iba á cubrir á este enemigo de Dios y de los hombres; amaba nuestra salud y nuestra felicidad unidas á su cruz, por la cual nos libertaba del infierno, nos abria el cielo y nos reponia en los derechos que habiamos perdido. Para conocer, pues, hasta qué punto Jesucristo amó su cruz, preciso seria penetrar el exceso de amor que tuvo á su Padre y á nosotros. Tan inmenso era este amor, que no vaciló en decir que fué el mas violento de sus tormentos; y que superando todos los demas, sucumbió voluntariamente á este, habiendo exhalado gustoso, y únicamente por la fuerza de su amor, el último suspiro.

Si Jesucristo amó su cruz porque amaba á su Padre, porque se interesaba en su gloria y porque estaba sometido á su voluntad, ¿no estamos obligados por la misma razon á amar la nuestra? ¿No es Dios nuestro Padre y no nos ha adoptado en Jesucristo? ¿No debemos interesarnos en su gloria y darnos tanta

El Interior.



mas priesa en repararla en cuanto nosotros somos los que la hemos ultrajado? ¿No le debemos una igual sumision á su voluntad, en el acto de aceptar las cruces que nos envia? Prescrito se halla nuestro deber en la conducta de Jesucristo: como hombre él es nuestro modelo y nos dió el ejemplo para enseñarnos lo que debemos practicar.

Si Jesucristo amó su cruz porque nos amaba á nosotros, porque queria nuestra felicidad eterna, porque estaba decidido á procurárnosla á cualquier costa, ¿no tenemos los mismos motivos de amar la nuestra? ¿No debemos naturalmente amarnos á nosotros mismos? ¿Hay algo que de mas cerca nos toque que nuestra eterna felicidad? ¿Podemos comprarla demasiado cara y no merece para adquirirla que padezcamos todas las penas de la vida presente? ¿No sabemos que nuestra cruz unida á la del Salvador es el instrumento, la prenda, el precio de nuestra salud; y que es imposible llegar al cielo por otra senda que por la de la cruz? Y ¡qué! Hablando Jesus de sí mismo, dijo: *Mester ha sido que el Cristo sufriese y que así entrase en su gloria; y ¿no será necesario que suframos nosotros para participar con él de esta gloria? ¿Estaba acaso excluido él como nosotros de la gloria celestial? ¿Habia pecado en Adan como nosotros? ¿Se habia hecho como nosotros culpable de algun pecado personal? ¿No era debida la gloria á su santa humanidad en virtud de su union con el Verbo? No obstante fué necesario que sufriese: y ¿no será una necesidad para nosotros el sufrir, que somos pecadores por nuestro origen, pecadores por nuestra propia voluntad, que hemos perdido todos los derechos á la celestial herencia y que no merecemos sino el infierno? En verdad que no tenemos fe, ó si la tenemos, la desechamos en la práctica.*

Hablando san Pablo de sus propios padecimientos, decia: *Yo completo en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo.* ¿Qué quiere decir con esto? ¿Faltó alguna cosa al precio que pagó el Salvador por nuestro rescate? Indudablemente no. Mas este precio, aunque suficiente y abundantísimo en sí mismo, no

puede aplicárenos, si no satisfacemos tambien algo por nuestra parte. Dios nos ha regalado lo que debemos pagar y esta satisfaccion son las cruces que su providencia nos destina. Si rehusamos satisfacer, inútil nos será el rescate de Jesucristo. *El que nos crió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros*, dice san Agustin. *No seremos glorificados con Jesucristo, sino en cuanto con él habremos sufrido.* Estas son las palabras del Apóstol, que explican las que antes he citado.

Hay una razon particular para que las almas interiores amen la cruz, y es: que la amó su esposo Jesucristo. Creyéranse indignas de pertenecerle en calidad de esposas si no tuvieran los mismos sentimientos, las mismas inclinaciones que él. ¡Qué! ¡Mi esposo ha sido un *hombre de dolor*, y yo huiré del dolor! ¡Mi esposo ha sido *despreciado, el último de los hombres*; ha sido *no un hombre, sino un gusano de la tierra*, y yo tendré horror á la humillacion! ¡Ah! ¿Pudiera yo acercármele, conversar con él, aspirar á sus caricias, si así pensase? ¿Y él mismo pudiera sufrirme en su presencia? Este motivo sugerido por el amor es el que mas fuertemente les impresiona. ¿Qué amarian ellas en su esposo si no amasen su cruz? Y ¿cómo pudieran amar su cruz si no amasen la suya propia, que forma parte de la de aquel?

Mas ¿cuál es esta cruz que debemos llevar en pos de Jesucristo? Es ante todo para todos los cristianos en general la práctica exacta de la moral evangélica: esto ya es mucho para quien tiene una verdadera idea de esta moral. Entre mil cristianos mucho es que haya uno que se aplique seriamente á observarla en todos sus puntos. Es en seguida para cada uno de ellos las penas inherentes al estado que ha abrazado. La forman tambien todos los accidentes de la vida, todos los sucesos de la Providencia, todo lo que nos contraria, nos aflige, nos humilla; apenas damos un paso sin encontrar semejantes cruces, las cuales nos serian útiles y dulces si las amáramos por miras sobrenaturales. Lo son tambien las privaciones voluntarias, las penitencias



y las austeridades que nos imponemos con una santa discrecion, ó las que abrazamos por toda la vida, consagrándonos al estado religioso. Lo son en fin las penas interiores inseparables de la vida espiritual, y las pruebas á que Dios se place poner ciertas almas escogidas para hacerlas mas perfectamente semejantes á su divino Hijo.

Es indudable que la cruz propiamente dicha de Jesucristo, la que llevó desde su nacimiento y durante toda su vida, la que le hizo sufrir incomparablemente mas que todas sus cruces exteriores, fué la que su alma sintió ya inmediatamente, y que le venia de diversos objetos que atormentaban su espíritu y afligian su corazon, y solo juntando cruces de esta naturaleza es como las almas interiores guardan con él mas notable conformidad; y el deseo de esta conformidad es el que las mueve á aceptarlas, y el que las sostiene en las mas penosas pruebas.

---

## CAPITULO XXXV.

### DE LA HUMILDAD DE JESUCRISTO.

**J**ESUCRISTO nos dió el ejemplo mas perfecto de todas las virtudes; pero hay dos que parece habernos querido enseñar con especialidad, y son las mas amadas de las almas interiores, á saber: la mansedumbre y la humildad. *Aprended de mí, nos dice, que soy manso y humilde de corazon y hallareis el reposo para vuestras almas.* (Matth., XI, 29.) Veamos primero hasta qué punto llevó él mismo estas dos virtudes, y despues hasta dónde, ayudados por su gracia, debemos trabajar en imitarle: empecemos por la humildad, que es el principio de la mansedumbre.

Parécenos á primera vista que si algun hombre tuvo jamas motivo, y en cierto modo derecho, para no ser humilde, era Jesucristo. El era Dios. Y ¿la humildad puede convenir á Dios?

No, no puede convenirle en su propia naturaleza. Diráse además que porcion guardada tampoco podia convenirle en cuanto hombre; que por la union hipostática su santa humanidad fué elevada á una dignidad única y tan alta que el mismo Dios no puede hacer mas en favor de una naturaleza creada, que era impecable, que poseia la gracia en su plenitud, que estaba cierto de sentarse algun dia á la derecha del Eterno Padre, que gozaba ya en la tierra de su vision bienaventurada, que nada por fin veia en sí mismo, ni en el cuerpo ni en el alma, que no fuese un motivo mas bien de darse gloria que de humillarse. Esto es mucha verdad, si entendemos la humildad tal como pueden y deben entenderla pecadores como nosotros.

Mas la humildad de Jesucristo era de otra naturaleza y muchísimo mas profunda que la nuestra. Ved ahí sus fundamentos por los cuales podreis conocer su extension. Tenia él, en primer lugar, un encumbrado conocimiento de la distancia infinita que media entre la grandeza de Dios existente por sí mismo, y la bajeza de la criatura sacada de la nada; y como unia en su persona estos dos extremos, estaba su alma de continuo abismada en el sentimiento mas vivo y mas penetrante que existió jamas de la divina majestad y de su propia bajeza. En segundo lugar, por santa y pura que fuese aquella alma, lo era por gracia y no por naturaleza. ¿Qué podia, pues, pensar de sí misma, cuando se comparaba con la santidad y con la pureza infinita y esencial de Dios? En tercer lugar, por una consecuencia necesaria de la union hipostática, no habia mas que una persona, un *yo* en Jesucristo, la persona, el *yo* del Verbo. Así que su alma no teniendo subsistencia propia, estaba en un anonadamiento moral que no le permitia atribuirse nada, ni mirarse por nada, ni glorificarse en nada. En cuarto lugar, Jesucristo en calidad de víctima que debia ser inmolada á la justicia divina, llevaba sin cesar en su alma la viva impresion de todos los pecados del género humano, como si hubiesen sido los suyos; por ellos estaba confuso y humillado como si los hubiese cometido; creíase digno de



todos los castigos, de la cólera del cielo. Así que, él solo era tanto ó mas humilde de lo que lo serian todos los hombres juntos, si tuviesen una contrición igual al número y á la enormidad de sus pecados. Digo mas humilde, porque conocia y sentia la gravedad de nuestras ofensas en un grado á que no pudiera llegar criatura alguna por pura que fuese, y á cualquier punto de gracia á que hubiera sido sublimada. La humildad, pues, de Jesucristo es por su exceso un misterio de los mas incomprensibles.

Aun puedo añadir, que el privilegio inefable de que gozaba su alma en ser unida á la persona del Verbo, debia tenerla continuamente en un inconcebible asombro, en un reconocimiento sin límites á tan singular beneficio, en una dedicacion absoluta á la gloria de Dios: disposiciones todas que debian producir en ella una humildad incomparable. Lo mismo digo de la dependencia en que estaba del dominio de Dios y de su inviolable correspondencia á la gracia; dominio y correspondencia cuyo efecto inmediato era conservarla en una humildad proporcionada al imperio que Dios ejercia en todo sobre ella y al pleno consentimiento que ella daba de su parte.

Yo sucumbo, oh Salvador mio, oprimido como me hallo, bajo el solo pensamiento de vuestra humildad; en ella se pierde mi espíritu, y nada puede claramente concebir sino que es un abismo insondable para todo entendimiento criado. Mas ¿cómo queis con esto que aprendamos de vos que sois humilde de corazón? ¿Qué provecho sacaremos de una leccion tan en extremo superior á nuestro alcance? ¿No es desesperarnos el proponernos un modelo que ni áun podemos contemplar, cuanto menos imitar? Pero me engaño. Los mismos motivos, las mismas impresiones que hacian tan humilde el alma de Jesucristo, pueden y deben obrar sobre la nuestra y producir el mismo efecto segun su capacidad.

¿No sabemos nosotros que Dios lo es todo por sí mismo, y que nosotros nada somos sino por él, tanto en el órden de la na-

turalidad como en el de la gracia? No perdamos de vista este pensamiento que debemos recordar cuantas veces nos asaltare tentacion de creernos alguna cosa; digamos sin cesar: ¿De qué puede gloriarse la pura nada? ¿Qué hay de bueno en mí, que yo no haya recibido? Y si lo he recibido, ¿por qué me glorio de ello como si de mí propio lo tuviese? ¿Se necesitaria mas para rebatir, para confundir, para aniquilar nuestro orgullo, para darnos á conocer cuán injusto es? Robamos á Dios todo el bien que á nosotros nos atribuimos y nada hay tan criminal ni odioso como esta usurpacion.

Nuestra bondad moral, nuestra santidad, que no puede venir sino de Dios, y que es en su principio un puro beneficio suyo ¿qué es sino nada en comparacion con la de Jesucristo? Mas, si á la vista de Dios tan puro, tan santo, el alma del Salvador, que todo lo tenia por su union con el Verbo, no podia ni áun mirarse á sí misma, ¿cómo osaremos complacernos en nosotros mismos y qué viene á ser ese átomo de santidad que en nosotros pensamos descubrir? ¿Una gota de agua podrá medirse con la inmensidad del Océano? ¿Una chispa, una centella disipará su luz con el sol? Y ¿qué será si debemos á Dios hasta la sombra de pureza que haya en nosotros?

El *yo* humano, origen de todo orgullo, era nulo en Jesucristo; no puede serlo en nosotros, porque nuestra union con Dios es moral, no personal. Pero esta union moral puede siempre aumentar y estrecharse; á medida que aumenta, nuestro *yo* se debilita, se desvanece, se va perdiendo mas y mas en Dios, hasta que al fin, si no prevenimos, contenemos á lo menos los mas ligeros sentimientos de orgullo, las mas pequeñas reincidencias del amor propio, hasta llegar á un olvido habitual de nosotros mismos, lo cual es para nosotros la consumacion de la humildad.

Jesús no era pecador sino por representacion; nosotros lo hemos sido y lo somos en realidad. Si tan humilde fué porque nos representaba, ¿qué debemos ser nosotros! Pesemos algun tanto esta consideracion. La sola capacidad de pecar, de rebelarnos con-



tra Dios, nuestro Criador, nuestro Padre; de hacernos culpables del mayor de los atentados, de la mas negra ingratitud, debe bastar para inspirarnos la humildad mas profunda. Si esto es así, ¿cómo podremos dejar de ser humildes despues de tantos pecados de todas especies tan á menudo reiterados y con tanta malicia cometidos? ¿Cómo podremos no ser humildes, al pensar que llevamos en nosotros el gérmen de todos los crímenes, á los cuales estamos expuestos á caer por nuestras infidelidades y resistencias á la gracia, y caeríamos aún si Dios por su misericordia inmensa no nos preservase de ello? ¿Cómo no seremos humildes nosotros, que por tantos títulos no merecemos sino el infierno, y que en él arderíamos para siempre si Dios no hubiese escuchado mas que su justicia?

Si Dios nos ha honrado con sus favores, si nos ha dispensado dones que á pocas almas concede, hé aquí una razon mas para humillarnos á vista de nuestra propia indignidad, para confundirnos de que un Dios tan grande se digne bajar hasta nosotros para tratarnos con tanta misericordia. Mas sin recurrir á gracias extraordinarias, el solo beneficio de la adopcion divina, beneficio puramente gratuito, beneficio que sobrepuja á todos los demas, y que es su principio; beneficio que es una comunicacion y una extension del privilegio inefable que distingue la santa humanidad de Jesucristo; este beneficio, digo, debe causar en nosotros la misma admiracion, los mismos trasportes de reconocimiento, el mismo sacrificio de nosotros mismos, y conservamos en una humildad que corresponda á tales sentimientos.

En fin, el dominio supremo que ejerce Dios sobre nosotros, el derecho que tiene de ejercer su imperio sobre nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, sin coartar nuestra libertad; la estrecha obligacion que tenemos de doblegar á la suya nuestra voluntad, y de corresponder fielmente á sus gracias, todo esto nos conduce indispensablemente á la humildad. Nuestra dependencia de él es grande en todos sentidos; nuestra humildad debe serlo asimismo; y no cumpliremos en esta par-

te con nuestro deber sino aspirando á ser tan sumisos, tan obedientes, tan humildes como Jesucristo. Ahora entendemos ya lo bastante el significado de aquella leccion: *Aprended de mí que soy humilde de corazon*. Conocemos ya sus motivos, su extension y el deber que en cumplirla tenemos. Vemos que la humildad ha de tener su asiento en el corazon y manifestarse despues exteriormente segun las ocasiones, con sencillez, con naturalidad, sin afectacion; en una palabra, que es preciso ser humilde sin pensar serlo, lo cual seria un orgullo refinado, y sin dar lugar á que lo piensen los demas, lo cual fuera una pura hipocresía. Pidamos sin cesar á Dios sus luces para mejor conocer la naturaleza y las calidades de esta virtud sublime; pidámosle el amor y el gusto de esta virtud; pero un amor sincero, un gusto penetrante é íntimo; y sobre todo, pidámosle que nos la haga practicar. Pues esta virtud, como todas las demas, se adquiere por su ejercicio; y por poco que en ello reflexionemos, sentimos por experiencia la extrema repugnancia que tenemos en practicarla. Trastórnase toda nuestra naturaleza á la sola idea de un desprecio, de una humillacion; ocultamos con el mayor cuidado cuanto puede rebajar nuestra opinion en el concepto de otro; hasta nos lo disimulamos á nosotros mismos, y nunca consentimos en vernos tales como somos. Empecemos á lo menos por detestar nuestro orgullo, por confundirnos, por suplicar á Dios que nos libre de él y nos dé la fuerza necesaria para combatirlo. Entremos á menudo en el corazon de Jesus, ya que á ello nos convida. Observémosle los sentimientos y nada descubriremos que no nos conduzca á la humildad, que no nos la haga amable y nos facilite el ejercerla. Sea la humildad de este corazon adorable el principal objeto de nuestra devocion y de nuestra imitacion, diciendo con frecuencia: *Jesus manso y humilde de corazon, habed piedad de mí!*